

Fernando
García de Cortázar



PAISAJES
DE LA
HISTORIA
DE ESPAÑA


ESPASA

Fernando
García de Cortázar

con la colaboración de
Eduardo Torrilla

PAISAJES
DE LA
HISTORIA
DE ESPAÑA

Ilustraciones de
Enrique Flores


ESPASA

© Fernando García de Cortázar, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa, es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Diseño de interiores: María Jesús Gutiérrez
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Ilustraciones de cubierta e interior: Enrique Flores

Depósito legal: B. 16.412-2021
ISBN: 978-84-670-5246-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice



PRÓLOGO, <i>el paisaje hecho historia</i>	9
Ampurias, <i>la mirada de Ulises</i>	14
Numancia, «¡Oh muros de esta ciudad!»	22
Mérida, <i>el esplendor de Roma</i>	30
Clunia, <i>el nuevo emperador</i>	40
Recópolis, <i>visigodos en la Alcarria</i>	49
Córdoba, <i>la capital de Occidente</i>	57
Liébana, <i>el monasterio del Apocalipsis</i>	65
San Miguel de Escalada y Santiago de Peñalba, <i>mozárabes en León</i>	74
Santiago de Compostela, <i>el Camino de Europa</i>	83
Calatrava la Vieja, <i>Las Navas de la unión</i>	93
Monasterio de Sijena, «Dios reconocerá a los suyos»	102
San Millán de la Cogolla, <i>el despertar de la lengua</i>	112
León, <i>las primeras Cortes de Europa</i>	121
Toledo, <i>el árbol de la cultura</i>	130
Burgos, <i>tiempo de catedrales</i>	138
Valencia, <i>la puerta del Mediterráneo</i>	147
Santa Fe, <i>de Granada a la eternidad</i>	156
Sevilla, <i>no es urbe, es orbe</i>	167
Segovia, <i>la guerra de las Comunidades</i>	177
Trujillo, <i>la conquista de América</i>	187

El Escorial, <i>un imperio donde no se pone el sol</i>	199
Salamanca, <i>plaza Mayor del saber</i>	209
Zaragoza, <i>las turbulencias de Aragón</i>	221
Valladolid, <i>el poder del valido</i>	231
Valle de Ricote, <i>el dolor de la acequia</i>	241
Fuenterrabía, <i>el ocaso del imperio español</i>	253
Mahón, <i>recuerdos de Utrecht</i>	263
La Carolina, <i>el Siglo de las Luces</i>	273
Aranjuez, <i>Godoy y el motín de 1808</i>	284
Cádiz, <i>el nacimiento de una nación</i>	296
Málaga, <i>liberales y románticos</i>	306
Fresdelval, <i>Mendizábal, «ese hereje»</i>	316
Estella, <i>«Dios, patria, rey»</i>	327
Catedral de la Almudena, <i>cielo y dinero</i>	337
Barcelona, <i>la ciudad de las bombas</i>	348
Soria, <i>lo que trajo el 98</i>	360
Melilla, <i>el huevo de la serpiente</i>	371
Fuerteventura, <i>Unamuno frente a la dictadura</i>	383
Oviedo, <i>¡Octubre, octubre!</i>	394
Madrid, <i>capital del dolor</i>	407
El Valle de los Caídos	419
Parador de Gredos, <i>la paz sí fue posible</i>	431
Ermua, <i>el motín de los resistentes</i>	443
Índice alfabético	455



AMPURIAS,
la mirada
de Ulises



El lugar, frente el golfo de Rosas, no puede ser más perfecto. Pla, en su *Guía de la Costa Brava*, escribe de las ruinas de Ampurias. «Esto —el mar, la luz, el aire carnosos y cálido— es lo que tiene de más griego, probablemente, Ampurias: la invitación que su emplazamiento provoca a contemplar el mundo con una mirada larga, clara y ancha». El escritor catalán recomendaba subir a la parte superior de la Neápolis o ciudad nueva y sentarse a contemplar piedras y paisaje. A continuación, añadía: «La melancolía, la tristeza terrible que produce la historia y el paso del tiempo no son, sin embargo, suficientes para evitar que la imaginación pueble este espacio de formas fugaces y bellas, de sombras plenas y exquisitas, de deliciosas fantasías...».

Es verdad. En Ampurias, en medio de los restos más importantes de la Grecia clásica que hay en España, ante el más espléndido testimonio de la presencia helena en la península ibérica, uno siente físicamente, sin sofisticación alguna, el mundo de los hijos de Homero.

Escribe Joseph Conrad: «Dichoso aquel que, como Ulises, ha hecho un viaje aventurero». Así debían pensar los fenicios que fundaron el emporio de Cádiz, escala perfecta en el camino hacia las regiones andaluzas productoras de cobre, estaño, oro y plata. Así debía pensar Coleo de Samos, cuyo viaje a Tartessos

dio pie a la leyenda de Argantonio y su amistad con los griegos. Y así debían pensar también aquellos comerciantes y audaces marinos que decidieron establecerse en Ampurias. Sabemos que eran griegos focenses; originarios, por tanto, de Asia Menor, y según Heródoto, los primeros de entre los griegos que utilizaron grandes naves, barcos esbeltos con velas, remeros y espolón como los que aparecen representados en los dos vasos que podemos ver en el Louvre y en el Museo Británico.

Al igual que en Troya, el mito y la historia se funden en los primeros viajes griegos a la península ibérica. Los historiadores Estrabón y Tito Livio fechan la fundación de Ampurias en el año 600 a.C., poco después de Marsella, coincidiendo con el incremento del comercio foceo por el sur de Francia, estrecho de Mesina y Siracusa. El temor a lo desconocido y el dominio de la bahía, uno de los pocos refugios naturales del litoral ampurdanés, explican la construcción del primer núcleo colonial en lo que hoy es el minúsculo pueblo de San Martín de Ampurias, entonces un pequeño istmo que se adentraba en el Mediterráneo, un asentamiento compartido con los indígenas establecidos allí desde el siglo VIII a.C. Es la ciudad vieja o Palaiápolis, cuya silueta debió parecer a los antiguos un pequeño navío encallado en el mar. Más adelante, fundidos ambos grupos, tuvo lugar el salto a tierra firme para instalar una nueva urbe al sur de la bahía portuaria, la Neápolis o ciudad nueva. Amurallada por el sur y por el oeste, su planta, en forma de tablero de ajedrez, respondía al modelo clásico de las ciudades griegas, con un ágora en el centro y calles perpendiculares entre sí.

No hay dudas sobre la razón que impulsó a los griegos a fundar Ampurias. El mismo nombre de esta, Emporion, es un reflejo de su espíritu mercantil. La colonia era, en efecto, un

pequeño y activo mercado donde los comerciantes griegos facilitaban a los indígenas del entorno todo tipo de productos manufacturados a cambio de cereales y metales. Así lo confirman las excavaciones arqueológicas realizadas en algunos poblados ibéricos del Ampurdán, donde se han encontrado ajuares propios de la refinada sociedad helénica, como ánforas, vasos de aceite o perfumarios. Así lo prueban las ruinas de la Neápolis o ciudad nueva, las tiendas y las pequeñas factorías que los arqueólogos han conseguido desenterrar. Así lo cuenta también una carta de finales del siglo v a.C. encontrada en el mismo yacimiento. La carta está escrita sobre una tablilla de plomo y contiene las instrucciones de un comerciante de Marsella a un representante suyo establecido en Emporion sobre unos negocios que debía realizar en una ciudad indígena.

Ninguna huella del pasado, sin embargo, resulta más evocadora que la espléndida estatua del dios de la medicina Asclepio o Esculapio. Esta joya, realizada en un taller griego con el mejor mármol del siglo II a.C., fue descubierta en 1909 y trasladada al Museo Arqueológico de Cataluña. Una hermosa réplica se yergue hoy en su lugar, entre los restos de la Neápolis, solitaria en la ciudad solitaria. Han caído imperios y desaparecido civilizaciones enteras, la misma ciudad que un día vio alzarse su blanca figura frente al mar es hoy un montón de ruinas, pero el viejo Esculapio de Ampurias, a diferencia de la mayoría de las grandes esculturas griegas, sigue resistiendo el paso del tiempo, sosteniendo con su mirada de mármol la fe en la belleza y en la eternidad del alma, recordándonos que, debajo de la norma estética, corría, también, un río rumoroso de creencias: los hechos de los residentes del Olimpo y toda su descendencia de dioses menores.

Sí, la Antigüedad cobra vida ante nuestros ojos en este rincón del Ampurdán. Las costumbres, el comercio, el espíritu mitológico del Mediterráneo, el mar donde los héroes navegaban en la leyenda y en la poesía... Dice Shelley que todos somos griegos. Es cierto, pero gracias a Roma. Grecia, cuna de la filosofía, la épica, la lírica, la comedia y la tragedia, fue la maestra de la ciudad del Tíber, y esta su alumna más aventajada, la mano que cogió el timón de la nave mediterránea cuando la patria de Heráclito y Parménides, Homero y Arquíloco, Esquilo y Sófocles desfalleció. Ampurias es un buen lugar para comprender este relevo histórico, ya que la ciudad fue la principal base de operaciones del ejército romano en la segunda guerra púnica, y con el tiempo, ella misma pasó a ser una urbe más de la Hispania romana.

Hoy, la segunda guerra púnica (218-201 a.C.) se recuerda por el heroico fracaso de Aníbal, que cruzó los Alpes con sus elefantes y aplastó a las legiones romanas en Italia, especialmente en la batalla de Cannas, donde los cartagineses hicieron una verdadera masacre en las filas romanas. Pero el pulso militar entre Roma y Cartago tuvo otros escenarios. La península ibérica fue uno de los principales, y Ampurias, la cabeza de puente de Roma en un territorio que Aníbal había puesto al servicio de su potente maquinaria militar.

La Historia con mayúsculas pasó por Ampurias en el año 218 a.C. Aquí, aprovechando la alianza con Marsella, desembarcaron los hermanos Cneo y Publio Escipión para atacar a Aníbal por la retaguardia hispánica y cortar la fuente de abastecimientos de su ejército. Y aquí, en el año 210 a.C., después de los reveses romanos y la muerte de su padre y su tío en combate, llegó Escipión el Africano con el objetivo de ejecutar

un plan que le permitiera acabar no solo con la hegemonía de Cartago en la península ibérica, sino también con Aníbal, cuya leyenda seguía creciendo en Italia, sembrando el pánico a su paso.

Las órdenes que el joven Escipión traía del Senado eran claras: debía defender la frontera y bajo ningún pretexto cruzar el Ebro. Pero la guerra estaba precisamente al sur de ese río. Así que, si quería hacer una campaña digna de sus sueños, tenía que desobedecer al Senado. No lo dudó, y sin comunicar su plan a nadie, decidió atacar Cartagena, la capital púnica de la península ibérica y un centro económico de primer orden por su esparto y minería. La ciudad tenía fuertes y altas murallas que desaconsejaban el asedio, pero contaba con una guarnición escasa de no más de mil soldados. Escipión lo sabía, y sabía también que el grueso del ejército púnico estaba ocupado en dominar a las tribus ibéricas.

Fue, en palabras de Polibio, una jugada magistral. Haciendo diariamente una marcha de cuarenta kilómetros, el joven general romano se presentó ante las murallas de Cartagena a finales del verano del año 209 a.C. Hay que imaginar la sorpresa de los cartagineses cuando vieron asomar, por sorpresa, a las tropas enemigas, sin tiempo ya para preparar sus defensas. «Vosotros —cuenta Polibio que Escipión dijo a sus soldados— atacaréis los muros de una sola ciudad, pero con ella os haréis dueños de toda Hispania». No se equivocaba. La caída de Cartagena marcó el principio del fin de Cartago en la península ibérica y el comienzo de las memorables hazañas de Escipión, que en el espacio de seis años había trasladado la guerra a África, obligando al feroz Aníbal a regresar a Cartago.

El esplendor de Ampurias arranca en esta época, con Roma como único árbitro de la historia peninsular. La vieja colonia griega se convirtió en la vía de entrada del comercio itálico en el noroeste de Hispania, y fruto de la buena marcha de los negocios son las mejoras urbanísticas que Ampurias registra en el siglo II a.C. La ampliación y reforma del puerto, las murallas que debían proteger la población por el sur, la construcción de nuevos templos en el viejo recinto de la acrópolis y el embellecimiento del ágora o plaza pública, cerrada en su lado norte por un gran edificio porticado destinado a las actividades comerciales y mercantiles.

Distintos acontecimientos demostraron enseguida la imposibilidad de armonizar el interés de Roma con el de los pueblos indígenas de la península ibérica, y en el año 195 a.C. el puerto griego de Ampurias recibirá la visita del ejército consular de Marco Porcio Catón. Tras imponer su paz, Catón estableció un campamento militar en la parte más elevada de la Neápolis, base de la ciudad romana que, a partir del siglo I a.C., absorbería, lenta e imperceptiblemente, a la antigua urbe helena.

¡Cuánta paz respiran hoy las ruinas de Ampurias! Aunque lo que hoy puede verse es solo una pequeña parte de lo que fue en tiempos de Roma —la otra duerme todavía bajo las arenas del golfo de Rosas—, este yacimiento sigue siendo —junto a Itálica— el más extraordinario de la Antigüedad en España. Robert Graves, una de las personas que mejor supo acercar el mundo clásico a los lectores contemporáneos, solía recordar que las polis griegas no conquistaron ningún otro pueblo, que tampoco impusieron a nadie sus instituciones y que sus numerosas colonias constituían —como Ampurias— pequeños islotes de población griega,

aislada y frágil. Sin embargo, como recuerdan los versos de Homero, Grecia nunca ha dejado de señalar nuestros sueños y nuestra realidad. Un héroe de la guerra troyana cantada en la *Ilíada*, el príncipe Eneas, escapado de la destrucción de su hogar y llegado a las costas de Italia, fue el fundador mítico de Roma, tal como Virgilio lo cantó en la *Eneida*.